

Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.496/SEM.34/R.3
21 de abril de 1986

ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Seminario América Latina y el Caribe y la
Economía Internacional, patrocinado por la
Comisión Económica para América Latina y
el Caribe (CEPAL), la Conferencia de las
Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
(UNCTAD) y el Programa de las Naciones
Unidas para el Desarrollo (PNUD) */

Santiago de Chile, 21 al 23 de mayo de 1986



LAS PERSPECTIVAS DE LA ECONOMIA INTERNACIONAL Y
EL FUTURO DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE **/

*/ Este Seminario se realiza en el marco del proyecto CEPAL/UNCTAD/
PNUD - RLA/82/012, "Apoyo al sector externo".

**/ El presente documento fue preparado por el señor Juan Carlos Sánchez
Arnau, consultor de la UNCTAD. Las opiniones expresadas en este trabajo son de
exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de las insti-
tuciones participantes en el Proyecto.

86-4-546

TABLA DE MATERIAS

Introducción3
I. Naturaleza y causas de la crisis económica4
II. Algunas notas esenciales de la situación actual23
III. El impacto de los cambios tecnológicos sobre la estructura económica internacional35
IV. Algunos interrogantes sobre el futuro latinoamericano46
Cuadros 1 al 4	52 - 55

INTRODUCCION

El analisis tradicional sobre la evolucion de la economia latinoamericana presta principalmente atencion a las grandes variables externas (precios de los productos basicos, flujos de capitales, tasas de interes en los mercados internacionales y, logicamente, evolucion de la economia de los paises industrializados). En cambio, rara vez dicho analisis penetra en el estudio de los factores estructurales que condicionan el comportamiento de aquellas variables. De este modo, suelen quedar excluidos del analisis los procesos de cambio más profundos de la economia internacional, como las mutaciones tecnologicas y economicas de largo plazo. Mutaciones que, a su vez, terminaran por afectar a la economia latinoamericana.

Este trabajo tiene por objeto, justamente, indagar acerca de esos factores y de la influencia que tienen, primero, sobre la crisis actual de las economias latinoamericanas, y luego, sobre su evolucion futura. De este modo trataremos de conformar una imagen de la raices de los que consideramos que es una crisis de la economia internacional, originada en importantes cambios estructurales en curso, y de su impacto sobre América Latina. En segundo lugar, procuraremos detectar algunos de los principales elementos que pueden condicionar la evolucion futura de este cuadro y la insercion de América Latina en la economia internacional.

El presente es un analisis esencialmente de largo plazo y por cierto de naturaleza muy global. No intenta ser un trabajo prospectivo destinado a elaborar escenarios alternativos sobre la evolucion futura de la economia latinoamericana, sino que apunta, más bien, a proveer un marco de analisis que, enriquecido de otros elementos, pueda ser util la elaboracion de aquellos escenarios o de politicas de largo plazo basadas en un mejor conocimiento de la realidad.

1. NATURALEZA Y CAUSAS DE LA CRISIS ECONOMICA

Hemos afirmado más arriba que la economía internacional está en crisis. Esto exige una cierta clarificación semántica. La noción de crisis, en términos genéricos, implica un proceso de transición, generalmente difícil e incluso doloroso, entre dos situaciones esencialmente diferentes.

Si comparamos la situación económica internacional de los años cincuenta, sesenta e inicios de los setenta, con la situación prevaleciente después de 1973, resulta evidente que estamos frente a dos cuadros completamente distintos. Sin embargo, para muchos analistas el segundo no es más que el producto de una serie de desajustes que se traducen en una marcada recesión a mediados de los años setenta, en una segunda recesión entre fines de 1979 y 1982, y en una posterior recuperación gracias a los resultados de las políticas de ajuste seguidas por los países industrializados. Para estos mismos analistas, las condiciones de la economía internacional no serían hoy esencialmente diferentes de aquellas prevalecientes antes del primer "shock" petrolero. Más aun, si se continuara con adecuadas políticas de ajuste y se estableciera una mejor coordinación entre las políticas de los principales actores del escenario económico mundial, en pocos años más se podría llegar a reencontrar la "normalidad" que caracterizó al crecimiento de la economía internacional durante los veinticinco años posteriores a la segunda guerra mundial. Esta visión está sumamente condicionada por el análisis de las grandes variables económicas que, al fin de cuentas, solo nos indican que aún en los peores años de las recientes recesiones las economías centrales siguieron creciendo, y que una vez controlado el impacto inflacionario de la "shocks" petroleros, el único subproducto mayor que dejaron recesiones son niveles de desempleo más altos que los tradicionales y un gran endeudamiento en un número limitado de países en desarrollo.

Si procuramos, en cambio observar la situación económica internacional desde una perspectiva más global y con una mayor visión histórica, podremos identificar una serie de elementos que nos inclinan a pensar que estamos efectivamente asistiendo aun largo periodo de transición que, a más o menos largo plazo, deberá desembocar sobre un cuadro internacional esencialmente diferente al anterior.

La situación previa al inicio de la presente crisis se caracterizaba, entre otras cosas, por la existencia de un centro altamente dinámico, dominante, que tenía una participación creciente en el producto y en el comercio internacional. Estaba constituido básicamente, por los Estados Unidos - que ejercía una posición de liberazgo raramente discutida - por Europa Occidental, Canada y un Japon que surgía paulatinamente del marasmo de la guerra y adquiría trabajosamente un rol cada vez más importante en la escena económica internacional. A este centro dinámico estaba ligado una gran periferia, caracterizada por situaciones muy diferentes, generalmente productos de las diversidades de historias, de colonización y de dominación de los países que la constituían, pero cuya nota común eran sus relaciones de dependencia con el centro. En alguna forma al margen de este esquema - muy simplista por cierto - se encontraban los países socialistas de Europa Oriental, China, y unos pocos países del Tercer Mundo.

En los países centrales predominaban las tasas de crecimiento altas, los bajos niveles de inflación y de desempleo, y la creciente interdependencia - alentada a traves de una política de paulatina liberalización de los pagos y de los flujos financieros, de las barreras al comercio y de los intercambios tecnológicos - actuaba como motor adicional del crecimiento.

En este contexto el crecimiento del centro tendía a propagarse hacia los países de la periferia, y ésta retroalimentaba el proceso, básicamente a través del incremento de la demanda de bienes manufacturados y de la provisión a bajo costo de materias primas y de mano de obra. En la visión predominante en los centros, si la propagación del crecimiento no se hacía más rápidamente se debía a la inadecuación de las políticas seguidas en el Tercer Mundo y a la aparición de tensiones derivadas de factores no-económicos, tales como el espectacular aumento de las tasas de crecimiento de población de esos países.

Por otra parte, en los propios países centrales las episódicas recesiones no pasaban de ser "turbulencias" en el curso de un vuelo de la economía hacia niveles de producción y demanda cada vez más altos. Recesiones que se consideraban como derivadas de políticas a veces inapropiadas o de desequilibrios sectoriales inevitables en cualquier proceso de crecimiento semejante. Mirados hoy a la distancia y con la experiencia de los años más recientes, aquellos problemas parecen menores, aunque en su momento no lo fueron tanto, y la imagen prevaeciente de los "veinte años dorados" quizás provenga de una simplificación mayor, especialmente si se piensa en el contexto político internacional en el que descansaba aquel crecimiento económico: "guerra fría", guerra de Corea, conflicto de Suez, guerra de Vietnam, por no mencionar las luchas de independencia de países como Argelia o los de Indochina, cuyas consecuencias políticas y económicas fueran considerables, incluso en los países industrializados.

A pesar de ello, un hecho es cierto: en ese largo periodo de los años cincuenta y sesenta la economía de los países industrializados creció a ritmos muy elevados, lo que les permitió construir una estructura productiva de creciente eficiencia y capacidad de transformación.

Este esquema, sin embargo no era tan sólido, y como todo proceso social llevaba consigo las raíces de una propia mutación: unas, internas, propias a la estructura de la producción y de la demanda de los países centrales: otras, externas, es decir, derivadas de la evolución de los países del Tercer Mundo o del conjunto de la economía internacional. Y si vamos a extendernos en el análisis de este proceso es porque las raíces de la situación actual y futura se encuentran aquí, y porque así se puede comprender mejor el comportamiento de los agentes económicos que más peso tienen en la conformación de este cuadro.

Para hacerlo, procederemos primero a detallar algunos de los principales cambios estructurales surgidos a lo largo de este proceso en los países industrializados, donde en definitiva se origina la crisis que hoy afecta al conjunto de la economía internacional.

Unos de dichos cambios estructurales se refiere al nivel de empleo y a la estructura de la población activa en aquellos países. Entre 1960 y 1967 la población activa total en el conjunto de los países miembros de la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico) creció a razón del 0,9 por ciento anual; entre 1967 y 1973 lo hizo al 1,2 por ciento; y en el período 1973/1980 al 1,3 por ciento. Esto se debió esencialmente al aumento de la población activa femenina, que del 1,4 por ciento de crecimiento anual en el primer período citado, pasó a una tasa de aumento del 2,4 por ciento anual entre 1973 y 1980. Por otra parte, la población activa ocupada total - es decir, el empleo - creció, desde 1960 hasta 1980, a una tasa que varió entre el 1 y el 1,2 por ciento anual. Esta aceleración de la tasa de incremento de la población activa mientras la tasa de incremento del empleo permanecía casi constante, explica el paulatino y creciente desempleo que afecta a aquellas economías.

Así, el desempleo, que entre 1960 y 1967 disminuyó a razón del 0,6 por ciento por año, pasó a aumentar a una tasa del 4 por ciento anual en el periodo 1967/73 y del 9,6 por ciento anual entre 1973 y 1980. Vale decir, que la satisfactoria tasa de aumento de la población ocupada en el período de mayor crecimiento económico de los años sesenta resultó insuficiente en el periodo siguiente para absorber el aumento más rápido de la población activa que se estaba registrando en esos años. Se debe señalar, por otra parte, que las cifras sobre el nivel de empleo ponen de manifiesto, a partir de 1973, una cierta pérdida de dinamismo del sector "servicios", y antes, desde 1967, la desaceleración del ritmo de aumento del empleo en el sector industrial. Este último, entre 1973 y 1980 ve reducirse el número de empleos a razón del 0,1 por ciento anual. El sector agrícola, a su vez, si bien continuó reduciéndose regularmente como fuente de empleo, lo hizo a un ritmo relativamente menor (-33,3 por ciento anual entre 1960 y 1967 contra -1,7 por ciento anual entre 1973 y 1980) como producto de las políticas de fuerte subsidio seguidas en casi todos los países industrializados.

El desempleo resultante es en parte, producto del cuadro recesivo general que impide una aceleración del ritmo de creación de empleo que siga el ritmo de aumento de la población activa o que, tal como sucedió al comienzo de los años sesenta, lo supere, abriendo las puertas a una masiva inmigración de mano de obra proveniente de los países periféricos. Sin embargo, la recesión no pareciera ser suficiente para explicar por sí sola este proceso. Para ello, resulta necesario tener en cuenta las transformaciones estructurales que se producen en el aparato productivo como consecuencia de los cambios en la demanda de sectores intensivos en mano de obra, de la creciente automatización y de la transferencia de actividades hacia países con menores costos de producción.

Un segundo cambio estructural que debe señalarse aquí, es justamente el que se refiere a las modificaciones en la composición de la demanda y de la producción mundiales. Las cifras agregadas disponibles de producción por sectores a nivel mundial, permiten apreciar que ya a fines de los años sesenta las tasas de crecimiento de los sectores de construcción, productos suderúrgicos y metalúrgicos, industrias electromecánicas, madera y papel, químicos, textiles y confección, se debilitaban y que estos sectores perdían importancia relativa. Este proceso se acentuó a partir de 1973, alcanzando a muchos sectores de bienes intermedios, tales como la mecánica pesada y los motores, los metales no ferrosos, las máquinas especializadas y máquinas-herramientas, el material eléctrico pesado y de trabajos públicos. Lógicamente, también fue afectado el mercado de metales no ferrosos y el de derivados del petróleo, en ambos casos como consecuencia de los cambios de precios relativos originados por el aumento del precio del petróleo. (Lafay, Gérard 1980).

Analizando la evolución de las economías industrializadas - y por lo tanto sin tomar en cuenta los efectos que provienen del proceso de industrialización del Tercer Mundo - Stoffaës afirma: "Una característica evidente de la crisis industrial contemporánea es la saturación progresiva de los mercados "motores del crecimiento" durante el cuarto de siglo posterior a la Guerra Mundial ... los mercados de bienes de consumo durables (equipos para hogar, automóvil, etc) están de aquí en adelante próximos a la saturación, y la demanda de renovación es estagnante y fluctuante. De la misma forma, las infraestructuras de transporte terrestre y aéreo y de vivienda urbana y suburbana están ya ampliamente terminadas. La detención de la expansión de las tecnologías y de los mercados motores del crecimiento, ha generado la crisis industrial: las industrias próximas al mercado consumidor (Construcción, automóvil, etc) fueron las primeras afectadas, pero las industrias proveedoras fueron todavía mucho más gravemente, por efecto de la

aceleración de los excedentes de "stock" y de inversión (siderurgia, química pesada, mecánica y equipo industrial, etc). Así, si se observan las tasas de crecimiento de la demanda de acero, de materias, de automóviles, de equipos domésticos, que eran próximos sino superiores al 10 por ciento en los años cincuenta y sesenta, han caído al 1 ó 2 por ciento, o incluso a niveles negativos desde el comienzo de los años setenta". Y termina interrogándose: "Por cierto, el marco de las antiguas industrias motores del crecimiento está vinculado a la desaceleración del crecimiento general de los países industrializados pero dónde está el sentido de la casualidad? Si el crecimiento general cae del 5 al 2 por ciento en el curso del último decenio es porque el de la siderurgia cayó del 6 al 1 por ciento, o el de la industria automotriz del 8 al 2 por ciento, o es más bien a la inversa?" (Stoffaës, Ch. en Lesourne, J. y Godet, M. 1985).

Aquellos cambios en la estructura de la producción mundial se han reflejado también en la composición del comercio internacional. Si se comparan las tasas de crecimiento entre 1970 y 1982 de cada grupo de productos a nivel de tres dígitos de la Clasificación Universal de Comercio Internacional (SITC), puede observarse el relegamiento sufrido por algunos grupos de productos, tales como los concentrados de metales no ferrosos, el cobre, la maquinaria textil y para el procesamiento de cueros, la madera, la pulpa de papel, los "pellets" de mineral de hierro, el algodón, y las frutas frescas y secas y, al mismo tiempo, los aumentos espectaculares del comercio en los siguientes sectores: muebles, grabadores y equipos de sonido, algunos productos químicos, los tubos y conductos de acero y, por supuesto, el gas y los productos petrolíferos.

Otra modificación importante de la estructura de la producción mundial, es la sobreproducción de la mayor parte de los productos agrícolas de zona templada, e incluso de algunos otros que, sin serlo, están siendo afectados

por la expansión de la producción en los países industrializados (azúcar, productos oleaginosos, cítricos, etc.). Esta situación se debe, principalmente, a la política de subsidios a la producción seguida por la Comunidad Económica Europea - pero también por otros países de Europa Occidental y por Japón - dirigida a asegurar el nivel de ingresos del sector agrícola independientemente de la evolución de la demanda interna o de los equilibrios entre la oferta y la demanda a nivel internacional. Situación que se ha visto agravada por el debilitamiento progresivo de la demanda de muchos productos agrícolas, ya sea a causa de la aparición de sucedáneos o de un menor consumo per capita.

Otro cambio importante de la estructura económica de dichos países que explica, en buena medida, la naturaleza de su crisis económica actual, es el aumento de la participación del gasto público en el PNB. Este aumento ha sido continuado y persistente en todos los principales países industrializados, excepción hecha de los Estados Unidos donde la tendencia no ha sido tan neta. Si tomamos al conjunto de los países de la OCDE, el gasto total de la administración pública, que equivalía al 28,9 por ciento de su PNB en 1960, llegó al 38,3 por ciento en 1980. En los cuatro principales países europeos, entre 1965 y 1979 aquella relación gasto público/PNB aumentó del 35,8 al 44 por ciento, y en Japón del 18,5 al 30,2 por ciento. Esto se debió, en primer lugar, al aumento de las transferencias y subsidios, principalmente a los sectores industriales afectados, primero por los cambios estructurales antes señalados y luego por la recesión económica. En algunos casos, también han contribuido a ello los déficits de los sistemas de seguridad social originados, a su vez, en el aumento del desempleo y, a veces, también en la disminución de sus ingresos.

Al respecto, resulta interesante señalar que solo a lo largo de los años setenta, la relación entre las erogaciones de seguridad social y el PBI creció en el conjunto de los países de la OCDE del 18,2 al 25,9 por ciento.

Estas son modificaciones que no dudáramos en calificar de estructurales, puesto que están vinculadas a la evolución del tipo de sociedad que se ha ido conformando en prácticamente la totalidad de los países industrializados. Sin embargo, para poder explicar la crisis actual hay que tener también en cuenta los cambios en la estructura económica de los países industrializados que se derivan de las políticas seguidas por los mismos, y especialmente de las políticas conyunturales.

La economía internacional comenzó a registrar fuertes desajustes a partir de 1967/68 que fueron amplificadas por las políticas de "stop and push" seguidas por varios de ellos y especialmente por los Estados Unidos. (McCracken, Paul. 1977). La década de los años setenta se inició con fuertes expectativas inflacionarias, que originaron grandes especulaciones sobre los stocks de materias primas y que incitaron a los agentes económicos al endeudamiento en dólares. Los ajustes de las paridades monetarias conocidos como acuerdos del "Smithsonian Institute", su ulterior fracaso y la declaración de inconvertibilidad del dolar, fueron las primeras consecuencias importantes de los desequilibrios producidos en los años anteriores. A pesar de ello, y de las severas medidas de ajuste entonces adoptadas, en el primer semestre de 1973, es decir antes del primer "shock" petrolero, la tasa de inflación ponderada para el conjunto de los países miembros de la OCDE ya había llegado al 7,8 por ciento, contra el 4,4 por ciento que registraba en el primer semestre del año anterior.

Visto desde este ángulo, el aumento del precio del petróleo puede ser considerado tanto una consecuencia de la situación anterior como una causa del cuadro inflacionario posterior. El aumento del precio del petróleo incidió, por lo menos, a través de tres vías sobre la economía internacional: el impacto inflacionario directo, la transferencia de recursos hacia los países productores, y la incidencia en los costos relativos, particularmente en los sectores industriales fuertes consumidores de energía.

La incidencia sobre los costos relativos fue muy distinta según los países, dado que no todos trasladaron los incrementos de precios sobre los costos de la misma forma, pero sin duda alguna, dichas variaciones afectaron la capacidad competitiva de muchos sectores industriales.

La transferencia neta de recursos hacia los países productores de petróleo fue muy importante inmediatamente después del primer y del segundo "shock" de petróleo, pero su efecto decreció marcadamente en los años posteriores. Se ha calculado que entre 1974 y 1981 (Aroyo, Philippe, y Fouet, Monique) la suma de los superávits de la cuenta corriente de la balanza de pagos de los países miembros de la OPEP, fue de algo más de 360,000 millones de dólares. La mayor parte se reinvertieron en los países industrializados y de ellos, 250,000 millones en forma de depósitos bancarios, principalmente a corto plazo. De allí que las consecuencias del aumento del precio del petróleo sobre las balanzas de pago de los países industrializados hayan sido mucho menores que lo originalmente previsto, y esto sin hacer mención al impacto favorable que tuvo sobre tales balanzas de fuerte y rápido aumento de las importaciones por partes de los principales países productores de petróleo.

En cambio, el impacto inflacionario del aumento del precio del petróleo fue sustantivo: la inflación en 1973/74 en el conjunto de los países de la OCDE fue del 13,4 por ciento, y en 1979/80 fue del 12,9 por ciento.

Sin embargo, en el caso del primer "shock" petrolero, ese resultado fue la combinación de una inflación que como hemos visto antes, ya estaba en franco proceso de ascenso, del aumento del precio del petróleo, y de un aumento conyuntural de los precios de los productos agrícolas alimenticios, que en 1972/73 aumentaron el doble que la tasa de inflación general, debido a la coincidencia de malas cosechas de granos en varios países productores.

En cambio, tanto o más importante que el impacto inflacionario del aumento del precio del petróleo, fueron las consecuencias de las políticas de ajuste elegidas por los países industrializados para hacer frente a aquel impacto, (Sanchez-Arnau, J.C. 1983). Dichas políticas de ajuste se caracterizaron por haber privilegiado los instrumentos monetarios como forma de detener el proceso inflacionario: el control de la emisión monetaria, el encuadramiento del crédito y la regulación de las tasas de interés fueron, según los países, las distintas vías seguidas para limitar la creación de medios de pago. A través de estas políticas esperaron reducir en corto plazo la demanda, obligar a las empresas a redimensionarse eliminando las unidades de producción marginales y así disminuir los costos y el nivel de empleo. Estos factores deberían, por su parte, presionar hacia la baja los salarios reales, y junto con la contención de la demanda, reducir la tasa de inflación y contribuir a restablecer el equilibrio de la balanza comercial.

Más aún, no en todos los casos se pudieron alcanzar los efectos buscados. En varios países industrializados si bien la reducción de la inflación ha sido considerable, todavía hoy no se ha llegado a los niveles previos a la iniciación del proceso que estamos describiendo. Excepción hecha de Alemania Federal, los Países Bajos y Japón, que a inicios de 1986 habían vuelto a tasas de inflación tan bajas como las de los fines de los años

sesenta, los restantes países miembros de la OCDE están todavía - seis años después de haber iniciado casi todos ellos una etapa de fuerte y permanente lucha anti-inflacionaria - en un nivel de inflación superiores al que predominó hasta 1967.

En otros terminos, lo que quisieramos destacar es que si bien la persistencia en la reducción de las tasas de inflación que se observa desde hace algo más de tres años pareciera estar conduciendo a niveles de inflación historicamente muy bajos, ello ha demandado la adopción de medidas de ajuste de una extrema severidad y aplicadas durante un período mucho más prologando que los que se requerían en los años cincuenta o sesenta para frenar los procesos inflacionarios desatados como producto del "recalientamiento" de algunas de las principales economías industrializadas o de las consecuencias de los desequilibrios fiscales originados por el aumento en el gasto publico.

Esta resistencia del sistema económico a reducir las tasas de inflación se ha debido a dos grupos de causas principales. El primero de ellos está relacionado con limitaciones al impacto de las políticas de ajuste que han ido surgiendo a medida que se modificaba la estructura misma del sistema económico. Así, por ejemplo, a pesar de la severidad de las medidas adoptadas, en general se ha manifestado una fuerte resistencia a la reducción del consumo. Esto se debió a que a pesar del aumento del desempleo, los sistemas de seguro de desempleo establecidos en la mayor parte de los países industrializados han contribuido a mantener el nivel de ingreso de los sectores afectados.

Por otra parte, los mecanismos de indexación de los salarios nominales han tendido a preservar el nivel de los ingresos reales de los sectores asalariados.

Cabe, sin embargo, señalar, que la situación no fue la misma durante los dos "shocks" petroleros. En Japón, por ejemplo, en 1979/80 pareciera haberse registrado una reducción acordada con los sindicatos de los salarios reales, destinados a evitar el agravamiento del impacto previsto de la inflación importada (Rouilleault, Henri, 1983). Esto permitió a las empresas japonesas mantener su capacidad competitiva y el nivel de empleo. En lo que se refiere a los estados Unidos, las reducciones negociadas de los salarios reales quizás fueron mayores que en el caso de Japón, pero en cambio, tardaron más en manifestarse. Algo semejante sucedió en Alemania Federal, mientras que en Suecia e Italia, el proceso de desmantelamiento de los mecanismos de indexación fue todavía más lento que en los otros países citados.

La segunda causa importante de limitación del impacto de las políticas de ajuste fueron la reducción de los ingresos fiscales y el aumento de las subvenciones públicas. Entre ambos produjeron déficits fiscales muy elevados que obligaron, por una parte, al fuerte endeudamiento del Estado, y por otra, a la contención del gasto público en otros rubros y especialmente en materia de inversiones. Esto ha tenido dos efectos que contribuyeron marcadamente a prolongar la recesión. El primero de ellos fue la reducción de la demanda provocada por la disminución del gasto público. La segunda, fue la creciente participación del Estado en los mercados de capitales, que redujeron el financiamiento disponible para el sector privado y contribuyó a mantener elevadas las tasas de interés. Ambos factores incidieron sobre los costos y el nivel de la actividad productiva, disminuyendo así la oferta y contribuyendo a mantener elevados los precios mayoristas. Una consecuencia adicional fue la contribución de las elevadas tasas de interés junto con la disminución de la demanda al aumento del número de quebrantos comerciales en los países industrializados a niveles sin precedentes desde los años treinta.

Una tercera razón estructural de las dificultades para alcanzar los objetivos perseguidos por las políticas de ajuste, ha sido la creciente interdependencia de las economías de los países industrializados, que ha impedido la aplicación de políticas muy diferenciadas y que aceleró los efectos de transmisión del impacto de la situación interna hacia otros países y el contagio de variaciones en el comportamiento de los sectores externos. Observese que en 1980 la relación entre la suma de las importaciones y exportaciones con el PBI de los países industrializados, tomados en su conjunto, había llegado al 41,4 por ciento, mientras que en 1967 era de solo el 22,8 por ciento. Sin embargo, es posible que dicho efecto de contagio más que a través del intercambio de bienes se haya producido gracias a la creciente apertura de los sistemas bancarios y financieros, que han influido en forma muy marcada sobre el comportamiento de las tasas reales de interés. Tasas que se han mantenido en niveles excepcionalmente elevados como producto de la política fiscal y monetaria seguida por los Estados Unidos.

Políticas estas que han tenido un enorme impacto sobre la marcha de la economía internacional. Primero, al acentuar y prolongar la recesión en los otros países industrializados, por la vía de mantener las tasas de interés a niveles muy elevados y de una absorción sin precedentes de capitales, atraídos por las elevadas tasas vigentes sobre el dólar; segundo, al generar un enorme drenaje de divisas desde los países en desarrollo endeudados a tasas de interés variables; y, finalmente, al afectar el propio proceso de recuperación de la economía norteamericana, alentando las importaciones gracias a un dólar sobrevaluado (por causa de las tasas de interés y de una "sobre-prima implícita" por riesgo de devaluación posterior) y desalentando la inversión en capital reproductivo. (Fox, L.A. y Cooney, S. en "Foreign Policy", invierno 1983/84).

El segundo grupo de causas que explican la lentitud con que se han hecho sentir los efectos de las políticas de ajuste, ha sido la falta de credibilidad por parte de los agentes económicos en aquellas políticas de ajuste y la incertidumbre sobre la evolución económica a largo plazo. Ambas razones han contribuido a que se registrara una fuerte retracción en las inversiones y que se mantuvieran durante largo tiempo actitudes de anticipación de expectativas inflacionarias.

En los que a las inversiones se refiere, su debilidad en los últimos años se ha debido, en parte, al clima recesivo general, pero quizás mucho más a la persistencia de las altas tasas de interés reales y a la caída de las tasas de beneficio de las empresas, originadas principalmente en el aumento de los costos fijos y financieros. Al mismo tiempo, las condiciones generales de incertidumbre sobre la evolución económica a largo plazo, las fuertes variaciones en los tipos de cambio y la persistencia de perspectivas inflacionarias, se combinaron para desalentar la inversión reproductiva y determinaron la marcada preferencia por la colocación de capitales a corto plazo.

Todos estos elementos contribuyeron, directa o indirectamente, a mantener en el tiempo la inflación y el cuadro de recesión generalizada, y produjeron una aceleración del aumento del desempleo que ya estaba solidamente instalado desde el comienzo de la crisis por las razones que se han discutido más arriba.

Por otra parte, debe señalarse que si bien la estructura económica actual de los países industrializados dificultó el proceso de ajuste, en cambio facilitó marcadamente la transferencia del impacto recesivo hacia el Tercer Mundo y contribuyó a que este último soportara una parte importante de los costos del ajuste.

El proteccionismo selectivo practicado en forma creciente por los principales países industrializados disminuyó la presión sobre la balanza comercial de muchos de esos países. La recesión disminuyó la demanda de productos importados y contribuyó a llevar los precios de los productos básicos a niveles extremadamente bajos, en algunos momentos y para algunos productos, incluso a niveles inferiores a los de los años treinta. Esta reducción de los precios de los productos básicos -- que se extiende ahora al petróleo -- ha contribuido marcadamente a la baja de las tasas de inflación en las etapas más recientes. En el caso del Reino Unido, a partir de 1982 aproximadamente una cuarta parte de la reducción de la inflación se explica por la baja de los precios de las materias primas importadas. La expulsión de mano de obra inmigrante que comenzó en algunos países inmediatamente después del primer "shock" petrolero, contribuyó también a disminuir la presión sobre el mercado laboral y, en algunos casos, facilitó los procesos de reconversión o de redimensionamiento del aparato industrial en algunos de esos países.

El aumento de las sobretasas (spreads) de interés, y de las comisiones de renegociación permitió al sector bancario internacional, mantener en plena crisis niveles de beneficios equivalentes a los de periodos de expansión económica. Las elevadas tasas de interés contribuyeron a su vez, a acelerar el drenaje de capitales desde países del Tercer Mundo e incluso, combinado con la profunda recesión que afectó a los mismos, dió origen a un proceso de desinversión de capitales extranjeros. Finalmente, el cese del flujo de financiamiento bancario autónomo hacia los principales países deudores ha dado por saldo una inversión de las corrientes de capitales, de tal modo que sólo América Latina ha transferido en los últimos tres años posiblemente más de cien mil millones de dolares a los países industrializados.

Lógicamente algunos de estos efectos sólo han sido posibles por el tipo de inserción de los países en desarrollo en la economía internacional, y por

las consecuencias de las erróneas políticas de apertura económica y de endeudamiento seguidas por muchos de esos países en el curso de los años setenta, (Rocca, P. 1985).

Ahora bien, resulta necesario al mismo tiempo relativizar y aclarar algunos aspectos de la recesión o de la crisis que afecta a los países industrializados. Debe quedar en claro que sus economías no han dejado de crecer en forma prácticamente ininterrumpida a lo largo de estos años, aunque a tasas muy inferiores a las de los años previos a 1973. La tasa media de crecimiento de la zona OCDE entre 1974 y 1985 ha sido del 2,4 por ciento anual, es decir, levemente inferior a la mitad de la tasa correspondiente al periodo 1967/73: 4,9 por ciento.

De los siete principales países industrializados miembros de la OCDE solo el Reino Unido ha conocido en los últimos años retrocesos continuos, especialmente en los dos años posteriores a cada uno de los "shocks" petroleros, y ello a pesar del aumento de la producción de petróleo del mar del Norte. El PBI en los Estados Unidos sufrió una reducción del 1,8 por ciento en 1982 y de menos de un punto en 1974, en 1975 y en 1980. Alemania Federal fue algo más afectada por el impacto del primer aumento del petróleo (menos 1,8 por ciento en 1975) y algo menos por el segundo (menos 0,2 en 1981 y menos 1,25 en 1982). Japón solo conoció un breve retroceso en 1974 (menos 1,0 por ciento) e Italia en 1975 (menos 3,6 por ciento) y en 1981 (menos 0,2 por ciento).

En segundo lugar, cabe indicar que el aumento del desempleo ha sido muy importante y ha afectado prácticamente a todos los países industrializados, excepción hecha del Japón. Y en esto parecieran estar jugando modificaciones estructurales que van más allá de las variaciones registradas en la

composición de la población activa o de la relación entre el aumento de ésta y la tasa de creación de empleo. Es decir, es un proceso que pareciera estar más bien vinculado a profundas mutaciones de la estructura productiva.

Esto quizás puede explicarse analizando el comportamiento de la inversión y del empleo en los principales países industrializados. Entre 1970 y 1983 la inversión bruta en capital fijo aumento en los Estados Unidos en un 60 por ciento, mientras que el empleo lo hizo en un 36 por ciento: el saldo es una tasa de desempleo actual de entre el siete y el siete y medio por ciento. Al mismo tiempo, tomadas en su conjunto Alemania Federal, Francia, Italia y el Reino Unido en el mismo periodo, la inversión aumentó en un 20 por ciento, mientras que el nivel de empleo actual es practicamente equivalente al de hace 25 años atrás y la tasa de desempleo en estos cuatro países varía hoy en día entre el 8,2 por ciento (Alemania Federal) y el 11,8 por ciento (Reino Unido). En el polo opuesto, en Japón, el aumento de la inversión ha sido del 80 por ciento entre 1979 y 1985, mientras el aumento del empleo fue solo el 14 por ciento; lo suficiente para mantener el nivel de desempleo alrededor del 2,5 por ciento, es decir el nivel de desempleo estructural mínimo, (OCDE. 1985).

Estas cifras indican, primero, las fuertes diferencias de capacidad para generar ahorro e inversión, en Japón y en los Estados Unidos, de una parte, y en Europa Occidental, de otra. Segundo, las diferencias en la orientación de la inversión: generadora de empleo en los Estados Unidos, algo menos pero lo suficiente para mantener el pleno empleo en Japón, no generadoras de empleo en Europa. De modo que si estas tendencias se pudieran extrapolar hacia el futuro, cabría aceptar los análisis que indican que los elevados niveles de desempleo que conoce hoy en día el Viejo Continente se van a mantener en el futuro. Esto resulta mucho más serio en los países más pequeños donde las tasas de desempleo son muy elevadas, e incluso en algunos crecientes, y están

contribuyendo a explicar más de la mitad del desempleo que afecta al conjunto de los países industrializados. Tengase en cuenta que en España la tasa de desempleo ya ha superado el 22,5 por ciento, en Irlanda el 16,5 por ciento, en los Países Bajos el 14,5 por ciento y en Bélgica el 13,2 por ciento.

Haciendo un análisis muy pesimista de la evolución económica de los países industrializados, Gunter Frank señalaba recientemente que entre 1973 y 1975 el desempleo de estos países afectaba a 15 millones de personas; que después de la recuperación registrada entre 1975 y 1979 el desempleo llegaba a 17 millones de personas; que después de la nueva recesión de 1979/80 ya se había llegado a los veintitres millones; y que tras la recuperación iniciada en 1982 se pasaría la barrera de los treinta millones de desocupados. (Frank, G. 1985)

II. ALGUNAS NOTAS ESENCIALES DE LA SITUACION ACTUAL

Cabe ahora analizar algunos elementos principales de la situación internacional actual, para poder, a partir de ellas, trazar algunas líneas hacia el futuro.

El primer lugar, debe señalarse que si bien la crisis es evidente que no ha terminado, al menos la economía de los países industrializados está saliendo actualmente de la más severa recesión conocida durante la post-guerra. El crecimiento en casi todos estos países continúa, aunque el ritmo de expansión ya hemos visto que es muy inferior al del período previo a la crisis. La inflación ha disminuido considerablemente y pareciera que podría acercarse en el futuro inmediato a niveles incluso más bajos que los prevalecientes en aquel momento. Esto ha sido consecuencia de la baja de los precios de las materias primas-petroleo incluido; de la mayor severidad fiscal y especialmente monetaria de los países industrializados y del esfuerzo que han realizado para desmontar los mecanismos inflacionarios: eliminación o atenuación de la indexación salarial; privatización de empresas públicas deficitarias (especialmente en el Reino Unido pero también en Italia) o su racionalización (Francia e Italia nuevamente); y creciente "desreglamentación" de muchas actividades especialmente en el sector servicios, (transporte aéreo, sector financiero y bancario: en primer lugar en los Estados Unidos, pero también en Japón, Reino Unido, Francia e Italia). Sin embargo, posiblemente la causa más importante en este proceso ha sido el cambio en las expectativas inflacionarias, su incidencia sobre las tasas de interés nominales y los salarios y, más recientemente, la mayor seguridad respecto de las variaciones futuras de los tipos de cambio, como consecuencia de la devaluación de hecho del dólar acordada por el "Grupo de los Cinco".

Sin embargo, este contexto de creciente estabilización y de cierta recuperación, viene acompañado de una acentuación de los desequilibrios externos, especialmente entre las tres principales economías del mundo industrializado (deficit record de la balanza de pagos de los Estados Unidos y superavit crecientes en Japón y en Alemania Federal).

A estas notas esenciales de la situación actual de los países industrializados, hay que agregar algunas otras que, a nuestro entender, contribuyen a explicar algunos de los hechos fundamentales de los últimos años y que pueden también servir para configurar el cuadro de la evolución futura de la economía internacional.

El primero de ellos es la decadencia económica relativa de los Estados Unidos. El PBI de este país equivalía en 1950 al 38,1 por ciento del PBI mundial; en 1970 al 32,6 por ciento y en 1982 a sólo 27,7 por ciento (Cuadro No. 1). Esta pérdida de peso específico de la primera potencia económica mundial justifica, al menos en parte, que los Estados Unidos no sea más "la locomotora" de la economía internacional; lo demostró la salida de la recesión en 1982/83 que se agotó rápidamente y no se propagó al resto de los países industrializados, tal como había sucedido en anteriores ocasiones. Esto también se explica, en parte, si se tiene en cuenta que mientras en 1970 los Estados Unidos y Canadá generaban algo más del 20 por ciento de las exportaciones mundiales, en 1983 solo llegaron a generar el 15 por ciento (Cuadro No. 2).

Resulta difícil determinar si esto es un proceso que habrá de continuar en el futuro, puesto que resulta evidente que en los últimos años se han estado generando al interior de la economía norteamericana importantes transformaciones, cuyos efectos quizás todavía no se han hecho sentir plenamente.

La tendencia en el largo plazo pareciera ser clara: cada año que pasa la economía estadounidense tiene menos peso en el concierto internacional. A pesar de ello, es posible que una vez superada la recesión actual y vueltos el dólar y las tasas de interés real a niveles más razonables que los que prevalecieron en los últimos años, puedan hacerse manifiestos los efectos de una profunda transformación tecnológica y de la estructura productiva que se ha estado generando desde hace más de un decenio en ese país en medio de un ambiente económico muy poco favorable.

Paralelamente a la decadencia económica relativa de los Estados Unidos, debe señalarse también la de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental: su participación en el PBI mundial también cayó desde el 16,3 por ciento en 1950 al 9,1 por ciento en 1982. En cambio, a diferencia de lo sucedido con los Estados Unidos, este grupo de países ha conseguido mantener su participación en el comercio mundial en los últimos 25 años alrededor del 10 por ciento del total. De este modo, se está produciendo una creciente divergencia entre el poder estratégico - todavía incontestablemente concentrado en las dos superpotencias - y el poder económico.

Este cuadro es todavía más claro si se incluye a las otras potencias nucleares (el Reino Unido, Francia y China), las dos primeras de las cuales participan también en proceso de paulatina pérdida de importancia económica relativa de las dos super-potencias.

El tercer elemento importante a señalar en este cuadro, es la acelerada ascensión del Japón en todos los órdenes de la vida económica internacional: en 1950 su PBI era de solo el 1,5 por ciento del total mundial, hoy ya se aproxima al 10 por ciento; su participación en las exportaciones mundiales pasó del 3,1 por ciento en 1970 al 8,1 por ciento en 1983; y su peso relativo en el sistema financiero internacional ha quedado en claro cuando por primera

vez en 1985 el volumen de los activos internacionales de los bancos japoneses superó el volumen de los de los bancos de los Estados Unidos, (Banco Internacional de Ajustes, 1985).

El papel que está actualmente jugando Japón en la evolución de la economía internacional merece un análisis más detallado. La combinación de un acelerado desarrollo tecnológico con una gran capacidad de ajuste del mercado laboral y de la estructura productiva, sumados a los medios financieros para poder hacer frente a ambos y a un dinamismo comercial que le permiten modificar constantemente su ventajas comparativas y explotar los beneficios que de ello se derivan, están estableciendo una diferencia importante entre la situación y las perspectivas de este país y las del resto de los países industrializados. La concentración de inversiones y de investigación en los sectores de alta tecnología y en los sectores con mayor potencial de expansión futura, pareciera indicar que esta situación habrá de hacerse aun más marcada en los años venideros. Si bien el sector industrial japonés todavía no ha llegado a los niveles de productividad de los Estados Unidos, en el sector manufacturero la diferencia actual es de ya de menos del 10 por ciento y son varias las ramas donde la ventaja en favor de Japón comienza a ser muy neta: 37 por ciento en el sector sidero-metalúrgico, 35 por ciento en el de material eléctrico y electrónico, 17 por ciento en la construcción mecánica, (CEPII, marzo 1983).

El continuado avance del Japón en el plano tecnológico y su correspondiente repercusión sobre la productividad y los costos, están obligando a los restantes países industrializados a redoblar esfuerzos para mantener su posición competitiva. Sin embargo, como ninguno de ellos dispone de una capacidad de ajuste equivalente en el plano financiero o en el de los recursos humanos, la consecuencia es la aceleración del desempleo allí donde se hacen los justes para mantener aquellas posiciones, o la pérdida de las mismas donde no se hacen los ajustes.

Detras de la capacidad antes señalada de la economía japonesa se encuentran varios elementos, algunos de ellos muy peculiares. Así, por ejemplo, la tasa de ahorro del Japón es mucho más alta que la de los otros países industrializados, en parte como producto de hábitos culturales y en parte como consecuencia del bajo nivel de los gastos de defensa. La inversión en investigación y desarrollo se caracteriza por su planificación a largo plazo, por ser realizada a través de una profunda simbiosis entre el Estado y las empresas y por una fuerte concentración en los sectores de alta tecnología. Este comportamiento en materia de investigación y desarrollo, es posible, entre otras razones, gracias al hecho de que Japón ha alcanzado el más elevado nivel de educación terciaria del mundo. A ello cabe agregar las dificultades que se presentan a las empresas extranjeras que intentan penetrar en la economía japonesa: la política de protección es coherente y regulada en función de las presiones externas, y su objetivo principal es asegurar el mantenimiento del control del aparato productivo en todos los sectores. Inversamente, para poder hacer frente al creciente proteccionismo selectivo que practican otros países industrializados contra las exportaciones japonesas y aprovechando sus crecientes excedentes financieros, las empresas de ese origen están invirtiendo cada vez más en los países importadores y trasladando a las mismas actividades terminales, que pasan a su vez, a alimentar con mayores exportaciones de bienes de equipo y de bienes intermedios.

Otro elemento a destacar en este cuadro, pero que también está relacionado con la ascensión económica de Japón es la aparición de un nuevo polo de crecimiento económico en Oriente, que tiene tres puntos de apoyo básicos: Japón, China - incluyendo Hong Kong, Macao y Taiwán - y un conjunto de estados que se han seguido un proceso de industrialización relativamente semejante y que en los últimos años se ha orientado fuertemente hacia el mercado internacional: Corea del Sur, Singapur, Malasia y, en menor medida, Tailandia, Filipinas e incluso Indonesia.

Las tasas de crecimiento de las exportaciones de este último grupo de países supera considerablemente desde 1975 las tasas de crecimiento del comercio internacional (ver Cuadro No. 3). Como producto de ello, la participación de los países de Asia del Sur y del Sudeste en el comercio internacional de manufactures, se ha casi duplicado entre 1970 y 1982, llegando a ser ya del 15,6 por ciento del total mundial; es decir, el doble de las exportaciones de manufacturas de los Estados Unidos y más del 50 por ciento de las de Japón (ver Cuadro No. 4), aunque debe señalarse que esas cifras también incluyen las exportaciones de manufacturas de la India, país al que no se puede incluir dentro de aquel grupo, dada la baja tasa de crecimiento de sus exportaciones.

El caso de China merece un comentario aparte, debido a lo relativamente reciente de su apertura al comercio internacioanl y a la orientación de una parte cada vez más importante de su economía hacia las exportaciones. Esto se refleja en la tasa anual media del 30,4 por ciento que ha registrado el crecimiento de las mismas en los años setenta y el crecimiento medio anual del 19,0 por ciento en el periodo 1975/83 contra una tasa media del 11,1 por ciento para el comercio mundial.

Otro importante elemento a destacar en este cuadro es la pérdida de dinamismo de la Comunidad Económica Europea. Europa Occidental está siendo paulatinamente relegada en comparación con Japón, tanto en el plano del ritmo de crecimiento de sus exportaciones como en el de la evolución de su estructura económica. La participación de los países miembros de la CEE en las exportaciones mundiales, que habían pasado del 32,4 por ciento en 1960 al 35,7 por ciento en 1970, ha bajado regularmente desde entonces, para ubicarse en la actualidad alrededor del 30 por ciento (Cuadro No. 3). Esto no se debe no solo a la distorsión provocada por el aumento del precio del petróleo en

las cifras del comercio internacional, sino también a la caída de la participación de las exportaciones comunitarias en el sector de los productos manufacturados, que pasó del 45,3 por ciento del total mundial en 1985 al 39,3 por ciento en 1982. Sin embargo, inversamente a lo sucedido con los Estados Unidos o con los países socialistas de Europa Orienta, la participación comunitaria en el PIB mundial ha continuado creciendo en los últimos años, aunque ya mucho más lentamente de lo sucedido en las dos décadas anteriores (Cuadro No. 1).

Detrás de estas cifras globales se encuentran una serie de tendencias que resulta importante señalar. La primera de ellas es la paulatina pérdida de dinamismo del proceso de integración comunitario y el agotamiento del impacto de la liberalización de los intercambios derivados del mismo. Ya en trabajos anteriores habíamos señalado que desde mediados de los años setenta la tasa de crecimiento del comercio intracomunitario era menor a la tasa de crecimiento de las exportaciones totales de la CEE (SELA, 1980). Esto indica un agotamiento paulatino de los efectos del proceso de integración, que probablemente cobrará nuevo impulso con el ingreso de España y Portugal. Un segundo aspecto destacable es la importancia del proceso de desindustrialización y de pérdida de capacidad competitiva del Reino Unido, proceso que pareciera haber adquirido una creciente dimensión como producto del impacto del cuadro recesivo general.

Este último factor también ha afectado sustancialmente a las economías más pequeñas de la Comunidad, como las de Bélgica y los Países Bajos, esencialmente a causa de su fuerte vinculación con el comercio internacional y del efecto que ha tenido en dichos países el tipo de ajuste seguido para hacer frente a aquellas consecuencias.

Actualmente el peso del servicio de la deuda pública en estos dos países limita considerablemente sus posibilidades de reducción del déficit fiscal y los obliga a continuar con políticas muy rigurosas de contención del gasto, especialmente en materia de transferencias y subsidios, lo que se ha saldado - como hemos visto más arriba - por la existencia de las tasas de desempleo más elevadas de la CEE, excepción hecha de las de España, Grecia e Irlanda.

Debe también señalarse que, excepción hecha de Alemania Federal y en menor medida Italia, todo indicaría que la evolución futura de la economía de los países miembros de la CEE habrá de continuar creciendo a tasas relativamente bajas, en buena medida debido al atraso registrado en las inversiones, al peso de arrastre del endeudamiento público durante la fase más aguda de la recesión, a las limitaciones que plantea a las opciones de política la existencia de una masa de desocupados extremadamente importante, y la insuficiencia del proceso de reconversión industrial que han seguido, a distinto ritmo, la mayoría de los miembros de la CEE.

Estos cambios en la posición relativa de los principales países industrializados unidos a otros problemas, como el impacto de la crisis en el Tercer Mundo, la baja de las tasas de beneficio de buena parte de los grandes conglomerados internacionales, la sobrevaluación del dólar y las elevadas tasas de interés reales de los últimos años, es posible que estén afectando o modificando la orientación de un proceso de transnacionalización y de división internacional del trabajo que, antes del inicio de la crisis, parecía ser muy claro.

La crisis de balanza de pagos de muchos países en desarrollo y la necesidad de repatriar capitales de las corporaciones norteamericanas, para hacer frente a sus problemas financieros en su país de origen, es posible que

hayan hecho más por detener aquel proceso de transnacionalización que las medidas de control a las inversiones extranjeras adoptadas por algunos de aquellos países. Al mismo tiempo, la extensión e importancia de las fusiones de grandes empresas, en Estados Unidos (6.000 millones de dólares en 1977, 82.000 millones en 1981 y una cifra quizás varias veces superior en 1985) pero también en Europa Occidental, y la irrupción de las inversiones extranjeras de empresas japonesas en Estados Unidos y en Europa Occidental, abren interrogantes adicionales sobre una nueva reestructuración de la economía internacioanl que quizás no esté más que en sus comienzos.

Otro importante elemento a destacar en este cuadro es la existencia de un proceso de transición entre dos "sistemas tecnológicos" que pareciera estar en curso desde hace posiblemente una década, pero cuyos resultados se encuantran retrasados y desdibujados por la importancia y duración de las dificultades económicas. La introducción de la microelectronica y su incorporación a los procesos de diseño y producción industrial, la robotización, los nuevos materiales, la automatización en el sector de los servicios, son todos elementos que estan presentes en cualquier análisis de la realidad actual de los países industrializados. En cambio, el impacto real de estos elementos sobre la estructura productiva y sobre la evolución de la capacidad competitiva de dichos países, es muy difícil de apreciar.

Este proceso de transición tecnológica habrá de completarse si las economías industrializadas consiguen superar la etapa recesiva actual, pero por el momento resulta difícil determinar, en cambio, si son las mutaciones tecnológicas las que habrán de permitir a estos países franquear sus dificultades actuales o si, inversamente, las fuertes desigualdades que se constatan en materia de inversión, y especialmente en investigación y desarrollo, entre los diferentes países industrializados, no constituyen una fuente adicional de desequilibrio que contribuye a prolongar la crisis del conjunto.

Cuando hablamos de "transición entre dos sistemas tecnológicos" nos estamos refiriendo al paso de un sistema productivos en el que predominan los medios mecánicos, y el control y el comando humano y directo sobre los procesos de fabricación, y que se caracteriza por un alto consumo de energía, a otro sistema donde predominan los medios automáticos, el control y comando autónomos y preprogramados y que se caracteriza, en general, por un consumo de energía mucho más bajo.

Sobre este último aspecto, observese que el aumento del precio relativo del petróleo, y de la energía en general, ha tenido marcadas consecuencias sobre la estructura productiva. Desde 1960 y hasta 1973, el consumo de energía por unidad del PBI en los países de la OCDE, aumenta a razón del 0,1 por ciento anual; entre el primer y el segundo "shock" petrolero dicho consumo comenzó a descender a razón del 1,6 por ciento anual, y desde 1978 y hasta 1981, siguió bajando pero ahora a razón del 3,2 por ciento anual. Esta tasa es más de dos veces superior para el petróleo (menos 6,8 por ciento anual) y casi tres veces (menos 10,1 por ciento) para los derivados pesados de mayor uso en la generación de energía industrial, (Grupo de los Treinta. 1983).

Indudablemente ese proceso de transición tecnológica está en curso desde hace varios años, mucho más avanzado en Japón, en los Estados Unidos, y en menor medida en Alemania Federal, que en el resto de los países industrializados, pero las economías de escala que pueden esperarse del mismo aún no se ha hecho sentir plenamente debido, entre otras razones, a la existencia de cuellos de botella de diversa naturaleza y a la persistencia de mediocres condiciones económicas generales. Algunos de los efectos de este proceso son muy evidentes, por ejemplo, en las tasas elevadas de crecimiento

en el comercio de los llamados sectores de alta tecnología, en la reducción en la proporción de mil a cinco que han registrado entre 1971 y 1985 en los precios de las memorias electrónicas dinámicas ("chips"), en el aumento considerable de la fiabilidad de los equipos electrónicos (Perrault, J.L. 1985) o en la creciente adaptabilidad a múltiples funciones de los robots y otros autómatas en los procesos de producción.

En un plano totalmente distinto, cabe señalar el cambio reciente de orientación que puede observarse en la cooperación económica entre los principales países industrializados, como producto, esencialmente, de la modificación de la posición de los Estados Unidos en la materia. La concertada acción del "Grupo de los 5" para reducir el valor del dólar - y posiblemente las tasas de interés - constituye un cambio importante en la orientación seguida hasta el presente, que no incluía la posibilidad de ninguna coordinación a ese nivel y que más bien se caracterizaba por dejar jugar libremente a las "fuerzas del mercado" en el plano internacional a pesar de las consecuencias que en los periodos más críticos de la fase recesiva han tenido la alta volatilidad de los capitales de corto plazo y su influencia sobre la propagación de las variaciones de las tasas de interés. La acción del "Grupo de los 5" sobre el dólar no ha sido quizás más que un primer paso hacia el restablecimiento de los equilibrios internacionales, pero si a ello se agrega el llamado "Plan Baker" (por lo que esta representa, no en términos sustantivos para resolver el problema de la deuda, sino como modificación de la actitud de la administración Reagan frente al problema de la deuda del Tercer Mundo), y la aparente aceptación por parte de ese país de la necesidad de una mayor coordinación internacional en materia de tipos de cambios, puede considerarse que, efectivamente, también se está asistiendo a los comienzos de un cambio importante en la orientación de la política económica internacional.

Finalmente, y para completar este cuadro, cabe hacer referencia al proceso de distensión que parece haberse iniciado entre las grandes potencias, y cuyas consecuencias económicas a largo plazo podrían ser muy importantes. La crisis económica internacional, el peso del deficit fiscal en los Estados Unidos, la relativa falta de entusiasmo de sus principales aliados con relación a las posiciones estratégicas norteamericanas, el peso político y económico de la guerra de Afghanistan para la Unión Soviética, el pobre comportamiento económico de los países de Europa Oriental y el cambio de óptica del nuevo equipo dirigente que acompaña a Gorbaciov, son todos elementos que trabajan a favor de la distensión y, posiblemente, de un acuerdo global de desarme nuclear paulatino y controlado. La sucesión de propuestas que se han conocido en los últimos meses y la multiplicación de las negociaciones sobre desarme, apuntan en la dirección indicada.

A pesar de ello, no cabe preveer que la distensión pueda significar una disminución esencial en el gasto de armamento de las grandes potencias en el futuro inmediato. En primer lugar, porque en cualquier caso los planes previsibles de desarme se refieren esencialmente al armamento nuclear y exigirán plazos de implementación relativamente prolongados (la propuesta Gorbaciov contempla tres fases que en conjunto llegan hasta fines del presente siglo). Esto habrá de disminuir las erogaciones en la fabricación de nuevos armamentos pero, a su vez, hará que los gastos de mantenimiento y remplazo hasta su eliminación total, disminuyan solo paulatinamente. Y, en segundo lugar, porque no debería descartarse que el desarme o la contención de la carrera nuclear sean acompañados por el aumento del gasto en armamento y fuerzas convencionales.

El hecho cierto, a corto plazo, es que los gastos de defensa de las dos grandes potencias continúan aumentando regularmente y que, a pesar de las enmiendas adoptadas por el Congreso de los Estados Unidos para disminuir del el deficit del presupuesto federal, no se preveen cortes sustantivos en el sector de los gastos militares.

III EL IMPACTO DE LOS CAMBIOS TECNOLOGICOS SOBRE
LA ESTRUCTURA ECONOMICA INTERNACIONAL

Al analizar los principales factores que conforman la actual situación económica internacional pusimos de manifiesto la existencia de un proceso de transición entre dos estadios tecnológicos. Quisieramos ahora explicitar con algún detalle este tema, especialmente con vistas indicar la forma en que dicho proceso puede afectar a América Latina.

Los procesos de evolución tecnológica suelen producirse a dos niveles que se desarrollan a ritmos distintos (Poutrel, J.M. y Folletete, Ch., en "Enjeux", abril 1985). Por una parte, un movimiento lento y continuo, producto de la acumulación de conocimientos y de experiencias, en el que la innovación está dirigida a satisfacer demandas pre-existentes y previsibles. Esta forma de evolución técnica se basa en las empresas ya establecidas, que buscan la optimización de su aparato productivo y la disminución de sus costos fijos. Por otra, las mutaciones tecnológicas fundamentales, que provienen, generalmente, de la aplicación de descubrimientos en el plano de las ciencias básicas, se suman el "stock" de conocimientos disponibles y, a menudo, llegan a trastocar el panorama tecnológico pre-existente.

Hoy en día estamos frente a cuatro áreas de cambios tecnológicos fundamentales que, de una u otra manera, están incidiendo en este proceso de transición tecnológica: la micro-electrónica, la biotecnología, los nuevos materiales, y los nuevos bienes de equipo y procedimientos industriales.

Referiendose a estas tecnologías "de punta", un reciente informe de la OCDE expresa: "Estos grupos de tecnologías, tomados en su conjunto, prometen ejercer una influencia decisiva sobre las economías de todos los países y modificar, desde varios ángulos, las relaciones internacionales.

Las empresas y las industrias que innoven se beneficiarán gracias a la comercialización de productos y procesos nuevos y perfeccionados, así como a la utilización de las mejores técnicas de fabricación que esas tecnologías permiten desarrollar. Sin embargo, esta influencia se ejercerá sobre todo las industrias y los sectores que utilicen las innovaciones. Se traducirá por un mejoramiento de la calidad de los productos y los servicios, por una baja de costos y por un aumento de la productividad, ventajas que deberán beneficiar a muchos sectores económicos a causa de la gran polivalencia y del amplio campo de aplicación de esas tecnologías. Por otra parte, estas últimas permiten la creación de nuevas industrias, revitalizar las industrias tradicionales y, en general y a largo plazo, modificar la posición competitiva de los países y las actuales relaciones comerciales internacionales".

La magnitud de la inversión privada, pero especialmente pública, en estas nuevas tecnologías, son posiblemente la mejor demostración de la importancia que se les está otorgando en los países industrializados. Los Estados Unidos dedicaron en 1983 el 63,6 por ciento de sus gastos en R & D en las industrias llamadas de "alta intensidad tecnológica", incluyendo la del armamento; el Reino Unido, el 62,8 por ciento; Francia, el 57,5 por ciento; Alemania Federal, el 51,6 por ciento, y Japón, aproximadamente el 40 por ciento ("Conjoncture", Diciembre 1984).

Aquellas cuatro áreas de innovación tecnológica se están alimentando mutuamente, para dar lugar a la aparición de nuevos productos y de nuevos procedimientos de fabricación, que posiblemente modificación en forma muy marcada la estructura económica y productiva internacional en los años venideros.

Así, por ejemplo, la micro-electronica ha sobrepasado largamente el plano del almacenamiento y procesamiento de datos, utilizandos especialmente en el sector de los servicios, para integrarse con otros múltiples tecnologías en la conformación de nuevos equipos y procesos de fabricación. Esto ha sido posible esencialmente gracias a los avances de la nminiturización, que ha permitido, en menos de veinte, años, pasar de una computadora de 2,8 toneladas a una calculadora de 670 gramos, que realizan aproximadamente las mismas funciones, aunque la velocidad de la actual calculadora es aún mayor, por no mencionar las diferencias siderales de costos de fabricación de ambas, (Rada, J. 1980).

Como consecuencia de este proceso, la incorporación de la micro-electronica en áreas tales como las comunicaciones, los equipos de precisión y la automatización industrial, se está llevando a cabo a un ritmo cada vez más acelerado. Al mismo tiempo, su difusión hacia otros sectores ha encontrado mayores resistencias que las previsibles. De este modo, actualmente una buena parte del sector dedicado a la producción de computadoras personales se encuentra en crisis, como consecuencia del sobre-dimensionamiento originado en expectativas de crecimiento del sector que se demostraron infundidas.

En cambio, se están multiplicando los esfuerzos dirigidos al desarrollo de computadoras de la "quinta generación" y de "inteligencias artificiales", y la electrónica se encuentra, junto con las telecomunicaciones, en el primer lugar en las prioridades de R & D de Japón, Alemania Federal, Francia y el Reino Unido, y en segundo lugar, en los Estados Unidos.

Las biotecnologías consisten, básicamente, en la utilización de microorganismos para producir reacciones químicas o fabricar productos.

La más conocida y antigua de ellas es la fermentación, pero los trabajos actuales de laboratorio permiten preveer la fabricación a voluntad de células adaptadas a las necesidades de la industria gracias a dos nuevas técnicas: la ingeniería genética, que se ocupa de modificar el patrimonio hereditario de las células, y la fusión celular, ("Enjeux", abril 1985).

Existe un consenso entre los científicos de que las biotecnologías apenas han comenzado a explorar su inmenso potencial de desarrollo. Sin embargo, las previsiones relativas a la aplicación de la ingeniería genética en la producción comercial a un horizonte de entre 5 y 10 años, cubre una amplia gama de grupos de producto: ácidos-aminos (glutamato), vitaminas, enzimas, hormonas esteroides (cortisona) y pépticas (insulina), productos anti-virales, proteínas diversas (interferon), antibióticos, pesticidas, aromáticos, y sustancias inorgánicas, (Bull, Allan; Holt, Geoffrey; y Lilly, Malcolm, 1982).

Para poner en claro el efecto que ya está teniendo la aplicación de estas nuevas tecnologías en el plano industrial, y más concretamente en la industria farmacéutica, baste con señalar que se ha logrado con solo 100 gramos de bacterias en 8 litros de fermento, producir una cantidad de somatostatina (hormona que estimula la asimilación de proteínas y el crecimiento de los tejidos) cuya fabricación antes requería de medio millón de glándulas ovinas.

Los nuevos materiales que están haciendo su aparición en el mercado se caracterizan por ser una composición de por los menos dos materiales distintos que se refuerzan mutuamente. El objetivo que se busca con su fabricación es obtener un material que posea varias características remarcables propias de cada uno de los materiales que lo integra: rigidez, resistencia a la presión, a la tracción, al fricción, a la corrosión, a la temperatura, ligereza, y especialmente inalterabilidad.

Esquemáticamente, es posible clasificar los nuevos materiales en cuatro grandes grupos: los compuestos de plásticos reforzados, de metales reforzados y de cerámicas reforzadas, y el titanio y sus aleaciones, (O.F.T.A., 1983).

Muchos de estos productos, y especialmente algunos de los plásticos reforzados derivados del polyester y las fibras de vidrio, ya han alcanzado una amplia difusión comercial. No ha sucedido todavía lo mismo con los metales reforzados y con las cerámicas reforzadas, que se mantienen en el plano de los usos estratégicos, y especialmente en aquellos que requieren materiales resistentes a temperaturas sumamente elevadas. Por su parte, los llamados plásticos de alta resistencia como las matrices de carbono o reforzadas por fibras también de carbón, las fibras de boro, alúmina, silicio, y carburo de silicio, así como las fibras orgánicas simples o tejidas, como el Kevlar, ya están en el mercado, y algunas de ellas están incluso dando lugar a una fuerte competencia internacional entre los principales fabricantes. A su vez, el titanio y sus aleaciones, caracterizados por su resistencia a la corrosión y a la temperatura y por su baja dilatación, pero también por su peso sumamente bajo, está ganando terreno progresivamente en la industria aeronáutica y espacial, y compitiendo con las aleaciones ligeras y los aceros de alta resistencia. Sin embargo, se considera que todavía está muy lejos de haber alcanzado la difusión que sus particularidades físicas le otorgan en industrias tales como las del transporte ferroviarios y automotor, el equipo médico, o los equipos de sonido.

A este grupo de nuevos materiales cabe agregar las fibras ópticas, que si bien no constituyen una innovación reciente, todo indicaría que en los años venideros competirán en forma creciente con otros materiales conductores.

De este modo se está configurando una situación que pareciera indicar que está pronta la difusión de una nueva generación de sucedáneos, que van una vez más a desplazar el valor económico de los productos básicos para transferirlo hacia las industrias que se dedican a la ingeniería de materiales o a la construcción de bienes de equipo especializados.

Ya hemos señalado que la base de la innovación en materias de bienes de equipo y de procedimientos industriales parte de la introducción de la electrónica - y la computación - en dicha área. La llegada más reciente del láser y la puesta a punto de procedimientos para utilizar sus facultades industrialmente, está dando lugar al surgimiento de la opto-electrónica, que se prevé que habrá de permitir en el futuro el desarrollo de instrumentos de medida y, lo que es aún más importante, de procesos de fabricación basados en la precisión de las mediciones efectuadas por el láser, mucho más eficientes que las actuales, y de nuevos instrumentos y herramientas muchos menos afectados por las consecuencias del uso continuo, que los conocidos hasta el presente.

Sin embargo, los mayores progresos ya realizados en el área de los bienes de equipos y procesos de innovación se refieren a la automatización y robotización industrial. Hacia 1980 en Japón ya se había instalado alrededor de diez mil robots industriales, y entre cincuenta y setenta mil autómatas. En los Estados Unidos, la cantidad instalada de ambas posiblemente fueran inferiores a la mitad de aquellas cifras, mientras que en Europa Occidental el liderazgo en la materia correspondía a Suecia, que disponía de un parque instalado de entre setecientos y mil robots.

Los cambios tecnológicos recientes en esta área no se agotan, sin embargo, en la robotización: incluyen transformaciones importantes en materia de concepción y diseño de productos y procesos de fabricación que ahora se llevan a cabo gracias a la asistencia de computadoras, lo que permite nuevas

innovaciones, reducciones de costos tanto en el proceso de diseño como en el de fabricación y, especialmente, una mayor precisión en dichos procesos. Al mismo tiempo, en los últimos años se está avanzando también en materia de estandarización respecto de algunos elementos principales de los robots y otros autómatas, de modo de permitir una mayor flexibilidad en la concepción de las plantas de fabricación. Esto, a su vez, ha permitido pasar a la concepción de plantas fácilmente adaptables a múltiples propósitos, lo que permite un uso más intenso y eficiente de equipos extremadamente costosos.

Ahora bien, no cabe pensar que este proceso de transformación tecnológico en este conjunto de sectores "de punta", se esté llevando a cabo sin dificultades. Al contrario, en muchos casos los costos de producción son aún elevados (nuevos materiales), las redes de comercialización aún no son lo suficientemente densas o el mercado lo suficientemente dinámico como absorber niveles de producción que permitan jugar a las economías de escala o, como sucede en el campo de la biotecnología, las limitaciones se encuentran más del lado de la oferta que las potencialidades del mercado.

En materia de nuevos equipos de producción, la fiabilidad de los mismos no es aún óptima, dado que son numerosos los comentarios de expertos que apuntan a las dificultades que aún se encuentran a nivel del "soft-ware". Sin embargo, las mayores dificultades para su generalización parecerían surgir del lado de la demanda: la resistencia a la introducción de equipos que van a generar mayor desempleo, la falta de dinamismo del mercado que no garantiza niveles de producción suficientemente elevados como para poder amortizar la inversión en dichos equipos, la persistencia de una baja rentabilidad general de la inversión que no incita a la innovación, e incluso, en algunos países, las políticas oficiales de seguir protegiendo a sectores tecnológicamente rezagados antes de contrinuir a alentar tales innovaciones.

En lo que a los efectos sobre el empleo se refiere, si bien el impacto de la robotización dependerá del ritmo de expansión de la economía, un cálculo rudimentario indica que el caso de Francia, a lo largo de los años ochenta, la difusión de los robots en la industria desplazará entre 300 y 600 mil trabajadores, y a su vez dará lugar a la creación de un número de empleos equivalente a un tercio de los perdidos.

En el caso de la biotecnología, un estudio reciente de la Federación Japonesa de Organizaciones Económicas (Keidauren) realizado a partir de una encuesta entre las empresas de ese país activas en el ramo, puso de manifiesto que los mayores problemas que encuentran dichas empresas para progresar en el proceso de innovación tecnológica, son los siguientes:

- Insuficiencia de tecnología de base, problema que parece ligado a carencias de la investigación fundamental y a la lentitud de la circulación de la información sobre los últimos descubrimientos científicos;
- Falta de investigadores confirmados;
- Insuficiencia de bancos de genes;
- Reglamentos administrativos inadaptados a las nuevas tecnologías del sector.

Ninguno de estos factores afecta mayormente, sin embargo, la intensidad del esfuerzo en R+D que están realizando los principales países industrializados en estos sectores. Ya hemos señalado el orden de prioridad dado a la electrónica en la R+D de los principales de esos países. Agreguemos ahora, que en el sector electrónico sólo en Japón entre 1984 y 1988 estaba prevista la creación de 76 nuevos laboratorios de investigación básica, en los que se habrían de invertir entre 1900 y 2500 millones de dólares. La inversión en R+D de los grandes conglomerados que trabajan en el sector de la

automatización y la robotización (General Motors, General Electric, Fanuc, Hitachi Seiki, Comau (Fiat), Siemens, Philips, Cincinnati Milacrom) a pesar de los sobresaltos de los últimos tiempos tendrá que crecer lo suficiente como para poder hacer frente a la expansión futura del sector que sólo en el caso de los Estados Unidos, se estima que será de alrededor del 15% anual. De este modo la demanda de autómatas, robots, y otros equipos de automatización industrial, pasará en ese país de 25.000 millones de dólares en 1985 a 98.300 en 1985 (Honeywell, 1985).

Más aún, el interés creciente de los gobiernos de los países industrializados por estas nuevas tecnologías y la importancia de los fondos públicos atribuidos a las mismas - a pesar de las dificultades financieras actuales - permiten suponer que en años venideros este proceso de innovación tecnológica se acelerará.

Dicho interés no es, por cierto, reciente. Pero en los últimos años ha adquirido nuevas características. Como consecuencia de los elevados costos que implica la R+D en estos sectores y de la escasez de muchos elementos fundamentales (investigadores, equipos, materiales raros, etc.) se han multiplicado las iniciativas basadas en la cooperación entre varios Estados. La primera de esas iniciativas fue lanzada por Francia en el "summit" de Versailles. La propuesta francesa, adoptada con algunas modificaciones a comienzos de junio de 1982, preveía acciones conjuntas en áreas tan diversas como la energía solar fotovoltaica, la fusión termonuclear controlada, los reactores a neutrones rápidos, los trenes de gran velocidad, la "robotica" avanzada, las biotecnologías, la física de las grandes energías y la exploración del sistema solar. De los 18 proyectos de cooperación inicialmente previstos, varios ya se han concretado: el último de ellos en enero de 1986, entre la CEE, los Estados Unidos y Japón, sobre investigación en materia de fusión nuclear.

La iniciativa del Presidente Reagan sobre defensa estratégica, prevé una inversión en R+D del orden de los 26.000 millones de dólares en los años venideros, en un conjunto de áreas esencialmente relacionadas con la industria militar y espacial, pero cuya repercusión posterior sobre otros sectores industriales puede ser muy importante. La instrumentación de esta iniciativa contará también con empresas europeas y japonesas, cuyas condiciones de participación son actualmente objeto de negociación.

Como reacción a esta iniciativa, el Presidente francés Mitterand lanzó el "Plan Eureka", cuya instrumentación se está llevando a cabo aceleradamente. La reunión ministerial de los países participantes en el plan (todos los de Europa Occidental), realizada en Hanovre en noviembre de 1985, adoptó una primera tanda de diez proyectos multinacionales. La segunda reunión, realizada en Londres, en enero de 1986, adoptó otros 14 proyectos, incluyendo áreas tan diversas como el pasaje del nivel artesanal al nivel industrial en la elaboración de programas de computación (software), al control automático, por neutronografía, de los compuestos mpas complejos fabricados a partir de nuevos materiales.

AL mismo tiempo, la CEE, que desde hace varios años está actuando activamente en la promoción de la R+D en varias áreas y especialmente en la computación (Programa "Esprit"), está negociando con un consorcio de bancos europeos el establecimiento de un empresa de inversiones dedicada al financiamiento del desarrollo de operaciones industriales en sectores de tecnologías de vanguardia, acompañada de un esquema de garantía contra posibles quebrantos financiado con fondos comunitarios.

Finalmente, cabe señalar que la última reunión de los Primeros Ministros de los países miembros del Consejo de Asistencia Mútua (COMECON) realizada en 1985, adoptó un programa de cooperación tecnológica.

previsto para los próximos quince años, en las siguientes áreas: electrónica, automatización industrial, nuevos materiales, biotecnologías y energía nuclear.

Como podrá observarse, un conjunto de iniciativas de tal magnitud que expresan, a la vez, las esperanzas puestas en el futuro de estos sectores y la importancia de los obstáculos que cabe superar para que dichas esperanzas puedan concretarse.

IV. ALGUNOS INTERROGANTES SOBRE EL FUTURO LATINOAMERICANO

Las páginas que anteceden sugieren varios interrogantes sobre el futuro de nuestra región. No se trata de plantear aquí problemas que tienen que ver con el curso del desarrollo interno, individual o conjunto, de los países latinoamericanos, como hemos hecho en otro trabajo reciente (Sanchez-Arnau, J.C. 1985), sino más bien de analizar los condicionamientos a ese desarrollo derivados del contexto internacional van a afectar las posibilidades o el rumbo del desarrollo de la región.

En ese sentido, la reflexión puede dirigirse en dos grandes direcciones. La primera tiene que ver con los cambios que se están produciendo en las posiciones relativas de los grandes actores de la escena internacional; la segunda, con el impacto posible de las grandes transformaciones tecnológicas en curso.

En el primer caso, los elementos a destacar son los siguientes. La paulatina pérdida de peso relativo de los Estados Unidos y de Europa Occidental; el ascenso de Japón; la irrupción de China; el surgimiento de un polo de desarrollo de ascenso meteórico pero que aún conserva una alta vulnerabilidad en Lejano Oriente; el estancamiento de los países de Europa Oriental y la posibilidad de cambios importantes en su seno en los años venideros; un interrogante mayor sobre las consecuencias económicas de una población mundial que posiblemente aumentará en más de un tercio en el curso de los próximos veinte años.

Elementos todos que si bien parecen indicar tendencias netas en el largo plazo, son siempre susceptibles de reversión o de alteración de curso. Por qué descartar, por ejemplo, una nueva etapa de crecimiento en los Estados Unidos, donde los ajustes internos durante los años de tasas de interés reales

elevadas y de dólar sobrevaluado han sido muy importantes, donde el avance tecnológico sigue siendo considerable en muchas áreas, y donde el poder político y económico permiten un traslado del costo del ajuste hacia terceros países que no es posible en otras partes? Pero donde también es cierto que el ajuste interno se ha realizado en medio de un programa de expansión, vía deficit fiscal y financiado esencialmente con repatriación de capitales, cediendo activos a empresas extranjeras y llevando el endeudamiento a niveles sin precedentes. Elementos todos que parecieran estar en curso de atenuación a partir de la baja del dólar, del aparente esfuerzo por contener el deficit fiscal y de la paulatina baja de las tasas de interés.

Los mismos interrogantes podrían plantearse respecto de Europa Occidental, donde Alemania Federal, Italia o Suecia no parecerían tener que compartir en el futuro el cuadro de mediocridad económica que aún acompaña al resto de los países de la región, y donde la baja del precio del petróleo y la continuidad en las políticas de austeridad financiera pueden producir, en un contexto de "desinflación" y de baja de las tasas de interés generalizada, efectos que no han sido aún cuantificados, dado lo reciente de su aparición.

Hemos sostenido que estamos frente a una crisis, es decir en el curso de una transición entre dos situaciones distintas. En un proceso de esta naturaleza no resulta siempre fácil detectar los libros conductores del cambio. Mucho más aún cuando se trata de un proceso en cierta medida inédito. La bipolaridad no se desintegra. Al contrario, se acentúa en el plano estratégico, pero las hegemonías estratégicas ya no corresponden a las economías. Y el debilitamiento de Europa y la ausencia de Japón como potencia militar, contienen el surgimiento de una nueva multipolaridad. Braudel, adepto a la tesis de la existencia de una potencia hegemónica en todo proceso histórico, sostiene que los Estados Unidos pueden salir reforzados de esta prueba, "pues las otras economías corren el riesgo de sufrir aún más que los Estados Unidos de esta coyuntura hostil por la que atravesamos".(Braudel, F. 1985)

Lesourne, en cambio, sostiene que "los Estados Unidos no son más lo suficientemente poderosos como para asegurar la regulación del sistema mundial pero tienen aún suficiente poder como para jugar un rol perturbador e impedir el surgimiento de nuevas reglas de juego.... Si ya no dominan, todavía detienen una minoría con poder de veto en el sistema mundial" (Lesourne, J. y Godet, M. 1985).

Pero también puede elaborarse una hipótesis intermedia: un resurgimiento de los Estados Unidos pero no lo suficientemente importante como para restablecer la hegemonía que acompañó a los años de más fuerte crecimiento económico durante la post-guerra. Y las mismas dudas, se pueden plantear sobre el futuro de la Unión Soviética, aunque su importancia económica, y especialmente para el conjunto de América Latina, está muy lejos de ser equiparable a la de los Estados Unidos.

En todo caso, algunos otros de los elementos citados parecieran poder considerarse como de mayor previsibilidad: el ascenso de Japón (a pesar de las predicciones de que su futuro económico puede estar caracterizado por tasas de crecimiento considerablemente más bajas que las del pasado); su creciente peso como país inversor y como fuente de capitales, gracias a los enormes excedentes acumulados y a los que todavía son previsibles en el futuro inmediato; su mayor ventaja tecnológica futura en varias áreas en las que cabe esperar fuertes crecimientos en la demanda. El impacto económico de la emergencia de China, por la magnitud de su mercado interno y lo que implica su paulatina apertura, por una capacidad industrial todavía embrionaria y plena de "cuellos de botella", pero que se está expandiendo a ritmos muy acelerados y que, teniendo en cuenta su magnitud, puede llegar a tener importantes repercusiones sobre el futuro de la oferta, pero también de la demanda mundial. La emergencia del polo del Sudeste, apoyado a la vez en China y en Japón, pero con un fuerte grado de autonomía (Corea del Sur o Singapur) y a la

vez con una fuerte participación de capital-extrarregionales (Taiwán, pero también Singapur). O el surgimiento de nuevas capacidades de producción o de procesos de industrialización en curso y hoy desdibujados por la crisis, como la industria pesada en la India o la petroquímica en Arabia Saudita.

En todo caso, un conjunto de realidades que incitan a repasar las modalidades de la inserción América Latina en este contexto internacional, a una rápida apertura de horizontes, al establecimiento de nuevos diálogos, a emprender caminos que llevan hacia latitudes distintas a las tradicionales. Y mucho más aún, cuando se agrega a esta reflexión la otra gran dirección que hemos señalado antes: el futuro impacto económico del proceso tecnológico en curso.

La economía latinoamericana ha dejado de crecer prácticamente en 1982, aunque en varios países de la región, ya los años setenta se caracterizaron por un proceso de acelerada "desindustrialización". Más aún, las medidas de ajuste adoptadas para hacer frente a la crisis del endeudamiento han dado lugar, contemporáneamente, a una reversión de los flujos de capitales, a una disminución de las importaciones al mínimo indispensable, y a una caída general de las inversiones a niveles sin precedentes.

En estas condiciones, América Latina ha visto prácticamente estancado su proceso de transformación económico, sin posibilidades mayores ni de incorporar nuevas tecnologías ni de desarrollar las propias. Al mismo tiempo, está casi totalmente ausente del proceso de transformación tecnológica que se está gestando en el mundo industrializado.

En consecuencia, las amenazas son varias. En primer lugar, de pérdida de capacidad competitiva en diversos sectores donde hasta hoy disponía de ventajas competitivas.

La falta de renovación en los equipos y de incorporación de innovaciones tecnológicas pueden llegar a hacerse sentir en una amplia gama de sectores. Esto será mucho más grave a mediano plazo si no se abren posibilidades a una paulatina incorporación de procesos de automatización industrial en los sectores más dinámicos de la industria manufacturera. Y ésto no será no solo un problema de costos sino también de crecientes exigencias técnicas y de niveles de calidad respecto de los productos finales. Hacer predicciones en esta materia carecería de seriedad, pero el problema es evidente que está planteado, y si la región no consigue recuperar un ritmo satisfactorio de inversiones, se va a gravar en el futuro.

En segundo lugar, la aparición de nuevos materiales, de nuevos procesos de fabricación y de nuevos equipos industriales, van a representar también modificaciones importantes en la demanda internacional de materias primas y de bienes intermedio. En ese proceso, America Latina también enfrenta el riesgo de una nueva ola de sucedáneos que puede saldarse con la pérdida de mercados o con un mayor debilitamiento de los precios de sus productos de exportación afectados por ese proceso.

Inversamente, también resulta necesario ver los aspectos alentadores que pueden surgir de este cuadro. En primer lugar la salida de la recesión debería llevar a un paulatino aumento de la demanda mundial, a una cierta tonificación de los precios de los productos básicos - aunque la evolución reciente del precio del petróleo esté indicando lo contrario - y eventualmente, a la disminución de una serie de tensiones que están afectando en forma muy marcada a la región: elevadas tasas de interés, ausencia de inversiones directas, orientación de los flujos de capitales como consecuencias del problema del endeudamiento.

Por otra parte, la evolución previsible de la economía internacional, con o sin modificaciones tecnológicas, parece indicar un futuro crecimiento de la demanda de productos esenciales como consecuencia del fuerte aumento de la población del Tercer Mundo - incluida América Latina - en los años venideros. Demanda potencial que es difícil determinar en qué medida se va a traducir en una demanda efectiva, solvente, o en qué medida no va a poder ser atendida a través de la expansión de la capacidad de producción en los países industrializados vía incremento de los subsidios.

En suma, un conjunto de interrogantes que hablan no sólo de la necesidad de repensar orientaciones y modalidades de inserción en la economía internacional, sino incluso las propias estrategias de desarrollo. Que deberán tener en cuenta este contexto internacional, pero que deberán basarse, ante todo, en la propia realidad, cuya riqueza y cuya transformación en curso, resulta imprescindible incorporar definitivamente como base de aquellas estrategias.

CUADRO 1

Participación por país y región en el PIB mundial

	<u>1950</u>	<u>1960</u>	<u>1970</u>	<u>1982</u>
Estados Unidos	38.1	35.5	32.6	27.7
CEE	16.5	19.1	21.0	21.5
EFTA	2.6	19.1	21.0	21.5
Japón	1.5	3.0	6.7	9.6
Otros países industrializados *	5.4	5.8	6.6	7.4
Total países industrializados	64.1	66.3	70.7	79.8
Países Soc. de Europa Oriental	16.3	17.5	14.2	9.1
Total del Tercer Mundo y China; de los cuales:	16.0	13.0	12.9	18.9
Productores de petróleo	n.d	3.2	3.4	7.7
Otros países en desarrollo; de los cuales:	n.d	9.7	9.5	11.2
China y otros países socialistas de Asia	3.7	3.2	2.9	2.2
América Latina **	n.d	5.0	5.4	7.0
África del Norte **	n.d	1.9	2.0	2.8
África Subsahara **	n.d	1.2	1.2	1.5
Asia Occidental (Medio Oriente)	n.d	1.2	1.3	3.7
Asia del Sur y del Sudeste	n.d	4.7	4.1	5.3

Fuente: A partir de datos de la UNCTAD, "Handbook of International Trade and Development Statistics". Suplemento 1985

* Principalmente Canadá, España, Australia, Grecia, Portugal, N. Zelanda, Israel y Sudáfrica

** Incluyendo los países productores de petróleo.

CUADRO 2

Participación por país y regiones principales
en las exportaciones mundiales

	<u>1950</u>	<u>1960</u>	<u>1975</u>	<u>1983</u>
Estados Unidos y Canada	20.3	18.9	15.9	15.0
CEE	32.4	35.7	34.0	31.3
EFTA	6.1	6.6	6.0	5.8
Japón	3.1	6.1	6.4	8.1
Otros países industrializados	4.4	4.1	3.6	3.8
Total países industrializados	66.3	71.4	65.9	64.0
Países Soc. de Europa Oriental	10.1	9.8	8.9	9.8
Total del Tercer Mundo y China; de los cuales:	21.5	17.9	24.2	24.9
China y otros países socialistas de Asia	2.1	0.9	0.9	1.3
América Latina y Caribe	7.7	5.6	5.4	6.0
África del Norte	1.4	1.6	1.8	1.7
Asia Oriental (Medio Oriente)	3.4	3.4	9.4	6.8
Asia del Sur y del Sudeste	6.1	4.8	5.2	8.8
Países exportadores de petróleo *	7.4	6.7	14.1	12.0

* También incluidos en los grupos regionales anteriores.

Fuente: A partir de datos de la matriz de comercio de la UNCTAD, varios años.

CUADRO 3

Tasa de crecimiento anual medio de las exportaciones totales
de países y regiones seleccionados

	<u>1960/70</u>	<u>1970/80</u>	<u>1975/83</u>
Mundo	9.2	20.3	11.1
Países industriales de economía del mercado	10.0	18.8	10.5
Estados Unidos	7.8	18.2	10.7
CEE	10.1	10.2	9.8
EFTA	9.9	18.9	10.2
Japón	17.5	20.8	13.5
Países en desarrollo	7.2	26.1	12.1
América Latina y Caribe	5.2	21.3	12.9
Argentina	4.8	18.0	12.6
Brasil	7.2	21.7	13.4
México	6.0	25.7	33.5
Asia del Sur y del Sudeste	6.7	25.8	17.8
Malasia	4.3	24.2	17.3
Hong Kong	14.5	22.4	18.2
Singapur	3.3	28.2	21.3
India	3.7	17.2	8.6
Corea del Sur	39.6	37.2	20.6
China (exc. Taiwán)	1.3	30.4	19.0
Países Socialistas de Europa Oriental	8.7	18.1	11.5

Fuente: Ver Cuadro No.1

CUADRO 4

Exportaciones de productos manufacturados
(Excluido hierro y acero y metales no ferrosos)

(Millones de dolares FOB/entre paréntesis, porcentajes del total)

	<u>1970</u>	<u>1975</u>	<u>1982</u>
Mundo	61.0	148.7	329.2
Países industrializados	49.2 (80.7)	116.5 (78.3)	241.2 (73.3)
Estados Unidos	5.4 (8.9)	12.8 (8.6)	25.3 (7.7)
Canada	2.0 (3.3)	3.5 (2.4)	8.7 (2.6)
Japón	6.0 (9.8)	11.2 (7.5)	32.9 (10.0)
CEE	27.4 (44.9)	67.4 (45.3)	129.3 (39.3)
EFTA	6.2 (10.2)	15.5 (10.4)	30.3 (9.2)
Europa Oriental	4.5 (7.4)	10.3 (6.9)	15.1 (4.6)
Países en desarrollo	6.4 (10.5)	19.6 (13.2)	63.4 (19.3)
América Latina y Caribe	0.8 (1.3)	2.5 (1.7)	5.9 (1.8)
Asia del Sur y del Sudeste	4.8 (7.9)	14.8 (10.0)	51.3 (15.6)

Fuente: Ver Cuadro No.1

